

Manuel Murillo Toro, Ezequiel Rojas, José María Samper, José Eusebio Caro, Sergio Arboleda, Manuel María Madieto y Miguel Antonio Caro.

Iván Padilla considera que la *Historia* "es, a pesar de su aparente carencia de sentido de realismo histórico-político, la apología más completa del legado sociocultural hispánico, puesto que engloba los patrones culturales como instituciones sociales, la religión, la lengua, las costumbres, básicos para el establecimiento, desarrollo y evolución de una civilización." (p. 233).

Este libro, que compila los recientes trabajos del investigador de la Universidad Nacional de Colombia, es una fuente relevante para los estudios de historiografía colombiana, puesto que analiza con profundidad la primera historia literaria del país, pieza fundamental en el proceso histórico de la literatura nacional y punto clave para profundizar en lo que se define como literatura colombiana y su relación con la literatura y cultura española.

Diana Carolina Toro Henao

Universidad de Antioquia

Grupo de investigación Colombia: tradiciones de la palabra

Williamson, Edwin, *Borges: A Life*, New York: Viking, 2004, 574 págs.

*Borges in Love*: En las páginas que Aristóteles consagra a la amistad en su *Ética a Nicómaco*, el filósofo griego escribe una afirmación que parece dicha de paso: "La felicidad es una cierta actividad". Es ciertamente muy significativo que esta definición bastante técnica de Aristóteles esté situada en sus páginas sobre la amistad. En primer lugar, esto parece significar que la felicidad está inevitablemente vinculada con una actividad social, es decir, que no es algo que surge en soledad; o que los individuos puedan "crear" de sí mismos y para sí mismos. En segundo lugar, Aristóteles pudo haber pensado que menos que un *tener*, la felicidad es una *hacer*: dinamismo en lugar de posesión de cosas. Este dinamismo, este hacer, que es la felicidad, se realiza si se cumple una condición. Así, por ello, se podría decir en tercer lugar que para Aristóteles esta condición es la amistad.

Resuenan las anteriores palabras de Aristóteles, dándoles una ilustración patente, en las concienzudas exploraciones del Profesor Edwin Williamson sobre la vida de Borges en su libro *Borges: A Life*. En relación con esta biografía, mi reseña únicamente podrá aludir con mayor énfasis a dos periodos en la vida de Borges, y que Williamson nombra con estas dos expresiones: "A Poet in Love (1921-1934)" y "Love regained (1969-1986)". Williamson volvió a hablar del tema del amor en la obra y en la vida de Borges hace muy poco, en su ensayo de junio de 2008 "Borges y Bioy: Una amistad entre biombos" (<http://www.letraslibres.com/index.php?sec=3&art=13009>). Este ensayo explora los vínculos de amistad entre Borges y Bioy. Este último ensayo reseña el voluminoso libro-diario de Adolfo Bioy Casares que lleva un simple y poderoso nombre: *Borges* (Buenos Aires: Destino, 2007). Las palabras de Aristóteles sobre la felicidad son un muy buen acicate para

comprender los trabajos biográficos de Williamson: Porque Borges y Bioy, en sus intensas actividades compartidas, como la escritura a dos, como las traducciones a dos, como los guiones para películas a dos, y como las ediciones de obras diversas también a dos, experimentaron la felicidad de la amistad.

Con justeza Williamson identifica un silencio inquietante en el libro-diario de Bioy, publicado hace pocos meses. A partir del recurso a testimonios personales, de su indudable conocimiento de la obra de los dos escritores, y de plausibles conjeturas de historiador serio, Williamson nos ilustra y nos deleita interpretando ese silencio tan expresivo en el diario de Bioy, un silencio que cubre década y media, es decir, entre 1931—cuando los dos maravillosos monstruos de la literatura argentina se encontraron por primera vez en una de las casas de Victoria Ocampo—y 1947—año con el que se abre el diario de Bioy.

Williamson también identifica los rasgos de ese “hacer” compartido entre Borges y Bioy: que Borges “fue el catalizador de [la] imaginación creadora de Bioy”; que Bioy fue el oído amigo que escuchaba las confesiones amorosas de Borges; que Borges pedía los consejos del amigo en asuntos de vida de pareja o de familia; que Borges y Bioy seguían rígidos principios de respeto recíproco cuando se trataba de comentar o de pedir la intervención en la creación literaria propia; que en su diario Bioy quiso hacer hincapié en el mundo amoroso de Borges, de un *eros* entendido como emoción de amor o más ampliamente como pasión hacia la vida—a pesar de que esa emoción sólo se revele en finísima filigrana y de que esté poderosa y pudorosamente escondida en la obra de Borges; de que aunque Borges no alcanzara a dialogar verdaderamente en las cenas o en los almuerzos con Bioy y con otros comensales de turno, Borges nunca dejó tampoco de buscar la compañía de esos otros; y que, finalmente, como cientos de millones de humanos lo confirman en su propia experiencia de vida, el amor de *philia* encontró escollos cuando tuvo su aparición el amor de *eros*.

Aquí no se trata de tomar partido en contra o en favor de algunos. Aquí el historiador Williamson constata un hecho y lo acuña con estas palabras: Frente a lo que su amigo Bioy no pudo darle, y “para buscar alivio de sus desgracias matrimoniales, Borges acude a la compañía de la joven María Kodama”. Y, más adelante, cuando el escollo entre amor de amistad y amor de pareja se convierte en un desplazamiento forzoso del segundo sobre el primero, el 9 de diciembre de 1976 Borges llora al confesarle a su amigo Bioy que ama a María Kodama. Sin duda, a muchos molesta o decepciona—incluso al mismo Bioy que lo expresa en su diario sin el menor rodeo—, que esa pasión tan argentina, *la amistad*, encontrara su fragilidad frente a la presencia del amor a dos.

Sin embargo, Bioy mismo se repone con rapidez frente a esa decepción—continúa Williamson. Y el historiador británico nos regala unas palabras más de Bioy con ocasión de la muerte de Borges el 14 de junio de 1986. Borges no rechazó Buenos

Aires al no querer no morir allí, ni rechazo a sus amigos de Buenos Aires, en favor de Ginebra. En las palabras de Bioy citadas por Williamson: “Ginebra no era para [Borges] un destierro. La recordaba siempre con nostalgias. ¡Y qué lujo: tener un amor, y aun mal de amores, a los ochenta y tantos años!”. Aquí el Bioy amigo realmente muestra su amor por Borges, un amor que de nuevo Aristóteles ayuda a entender. Para el filósofo, según su *Retórica*, amar a alguien comporta tres condiciones necesarias en mi relación con el otro: *Siempre* desear su bien, *siempre* permitir que el otro sea la causa determinante de ese bien, y *siempre* colaborar con el otro para que él o ella consigan ese bien del cual él o ella son la causa determinante. Bioy deseó el bien de Borges, su amigo; Bioy permitió que Borges estableciera en libertad ese bien; y Bioy colaboró también, no interfiriendo, en la consecución de ese bien por parte de Borges. Y ese bien para Borges, que incluía a Bioy pero también a alguien que no era Bioy; lo delataba un nombre: María Kodama.

Por último, en este reconocimiento, el historiador Edwin Williamson se limita a seguir a Bioy y al mismo Borges, a comportarse como amigo de su biografiado, y a sutilmente pedir a sus lectores que ellos también lo sean con Borges. Yo agregaría a los diversos argumentos de Williamson estos dos más: El primer lugar, ya en “El amenazado”, Borges confesaba que el talismán de la “serena amistad” no podía protegerlo del amor de *eros*. Y, en segundo lugar, quien lea con detalle y con humana simpatía *Los conjurados* (1985), el último libro que Borges publicó en vida, prologado por él en esa Ginebra que era “una de sus patrias” y que lleva por “Inscripción” una confesión pública de amor de pareja, estará obligado a aceptar que Borges no sólo se sobrepuso a los “fantasmas” de su larga vida—como los llama Williamson—, sino que además amó, sintiendo con frecuencia y al final de su vida la visita de la felicidad.

Andrés Lema-Hincapié

The University of Colorado Denver